

DÉCIMAS ELECCIONES GENERALES EN TREINTA AÑOS DE DEMOCRACIA

En las páginas que siguen se repasa la información esencial que nos facilitan las últimas Elecciones Generales, que constituyen la décima consulta y cierran la tercera década de la democracia española después de la larga interrupción del franquismo. Se analizarán los resultados electorales básicos en su dimensión más clásica, pero atendiendo también a todo lo que indican sobre el posible devenir de la legislatura que ahora se inicia.

Decidir quién gobierna es la razón fundamental y la consecuencia primera de unas elecciones; en ese sentido los resultados de las elecciones del 9 de marzo han dicho que tiene que gobernar el Partido Socialista, pero las elecciones antes –en la campaña electoral– y, después, en sus resultados, nos ofrecen mucha más información. Por un lado, nos hablan de valoraciones, opiniones y preferencias que los electores tienen de los partidos, sus ofertas, y sus líderes. Por otra parte, indican cuáles deben ser las orientaciones dominantes de la acción política en la nueva legislatura; es decir, los asuntos prioritarios, las alianzas estratégicas fundamentales entre partidos, los modos de la política, etc... Pero además, nos pueden ilustrar sobre mutaciones, sobre cambios profundos en la sociedad, en los hábitos, en la forma de relacionarnos, en la comunicación política, etc... Todas las elecciones nos facilitan una información relativamente clara en los dos primeros casos, sin embargo sólo en algunas elecciones vemos en forma cristalizada, y no meramente tendencial,

Pilar del Castillo, eurodiputada, ex ministra de Educación, Cultura y Deportes. Del Patronato de la Fundación.

determinados cambios fundamentales en la sociedad. Esto último ha ocurrido en el proceso electoral que concluyó el 9 de marzo, en el que se desarrollaron ampliamente nuevas formas de comunicación política.

ESTRATEGIAS POLÍTICAS

Las estrategias que los partidos definen al inicio de cada legislatura son, en buena medida, la consecuencia de la lectura que hacen de los resultados electorales; de este modo, el acierto de esa interpretación tendrá mucho que ver con el resultado que obtengan en la siguiente elección. Casi siempre las estrategias sufren modificaciones en parte, más difícilmente en el todo, a lo largo una legislatura según la aceptación, dificultades y resultados que la línea de gobierno o de oposición vayan encontrando en la opinión pública. No pretendo analizar en estas páginas las estrategias políticas de los dos partidos nacionales mayoritarios en la legislatura que comenzó en el año 2004, pero sí indicar sus rasgos imprescindibles para evaluar el grado de éxito o fracaso que han tenido según los resultados de las Elecciones Generales del pasado 9 de marzo.

Comencemos por la estrategia del PSOE, vencedor en las elecciones del 2004. A los efectos de esta reflexión hay tres factores que, en mi opinión, resultan decisivos para entender en buena parte el porqué de una estrategia con acento radical como la desarrollada durante la práctica totalidad de la legislatura por el partido y el Gobierno que lidera Rodríguez Zapatero.

Primero, situarse en aquellas elecciones requiere inevitablemente recordar el contexto en el que se produjeron, porque afecta a la estrategia del PSOE durante la totalidad de la legislatura (también a la del PP, como luego veremos). Que el PSOE ganó las elecciones sin que quepa duda de la legitimidad de esa victoria es algo que no es objeto de discusión hoy ni lo fue entonces, por más que en esos primeros momentos hubo quienes descalificaran de manera fulminante a todo aquel que osara mencionar la importancia de ese contexto extraordinario para explicar la participación de algunos grupos de electores habitualmente abstencionistas. Conside-

raciones de esa naturaleza eran directamente interpretadas como una expresión de incapacidad para aceptar la victoria del PSOE. Yo misma conocí esa reacción teniendo que leer y oír en algunos medios de comunicación cómo mi opinión sobre ese resultado venía a constituir una deslegitimación de la victoria socialista por el simple hecho de que, aun empezando por decir que la victoria del PSOE no era cuestionable, afirmaba que el análisis del voto y la participación habría de tener en cuenta las condiciones de gran impacto emocional en el que se celebraron las elecciones y la apelación, como mínimo cuestionable, que en ciertos casos se había hecho al mismo. En fin, una actitud muy distinta de la que pudimos contemplar algún tiempo después en el Reino Unido ante un ataque terrorista igualmente brutal.

Esas primeras descalificaciones no resultaron ser, sin embargo, coyunturales y al final meramente anecdóticas; por el contrario, se convirtieron en uno de los ejes de la estrategia socialista en la legislatura que comenzaba. La supuesta “deslegitimación” del triunfo electoral del PSOE por parte del PP enseguida se convirtió en una “deslegitimación” del PP, al que los socialistas declaraban incapaz de aceptar su derrota electoral. Esa opinión ha constituido una pieza central del argumentario socialista de principio a fin de la legislatura; ¿cuántas veces hemos oído durante estos cuatro años repetir “el PP sigue sin aceptar su derrota”? Sería extraordinario conocer el número exacto de ocasiones en las que dirigentes socialistas han pronunciado en público esa frase, desde el comienzo hasta la misma campaña electoral de estas últimas elecciones. El calado de la frase era en realidad bastante mayor; suponía una “deslegitimación” de las convicciones democráticas del PP, en una estrategia de achicar la parte del espacio político del centro que todavía mantenían los populares, como expresaban sus resultados electorales. Era una estrategia para ampliar los apoyos entre los sectores más moderados, que, sin embargo, no iban ser objetivo preferente, como podía parecer lógico, en las políticas de Gobierno.

Rodríguez Zapatero no tenía dudas de que en su éxito electoral habían desempeñado un papel muy determinante sectores de orientación socio-política radical a los que situó en el centro de las prioridades de

atención de su gobierno. Para el Gobierno socialista competir por el centro con políticas moderadas quedaba, en todo caso, para un periodo posterior de la legislatura; mientras tanto la estrategia para ampliar su base centrista se basaría en una escenificación constante, verbal y visualmente, de un PP aislado e incapaz de comprender su derrota. En esa visualización desempeñaron un papel importante todos los partidos del arco parlamentario con los que el Gobierno socialista mantenía uno u otro tipo de política en común. Así, con IU la coincidencia se situaba fundamentalmente en las políticas sociales y en la política exterior; con el PNV, en la negociación con ETA, y con los nacionalistas e independentistas catalanes, en la profunda revisión del Estatuto de Cataluña, acuerdos que en el caso de Esquerra Republicana de Catalunya, líder en los pronunciamientos a favor del aislamiento del PP (escenificado en el Pacto del Tinell), profundizarían con un Gobierno de coalición en Cataluña. Otros partidos con menor representación parlamentaria encontraron también reconocimientos suficientes del partido del Gobierno para sumarse a su círculo de apoyos parlamentarios.

El éxito de una estrategia se tiene que medir con los resultados electorales, y a la espera de que éstas tengan lugar, un indicador a tener en cuenta es el estado de la opinión pública que expresan las encuestas. Y preguntados los españoles, una y otra vez contestaban que la situación continuaba siendo más o menos la misma que la de las últimas elecciones. Es decir, que la distancia a favor del PSOE no se ampliaba, que por el contrario el PP seguía manteniendo sólidamente a sus votantes y que incluso la fidelidad de los últimos hacia su partido era mayor que la de los votantes socialistas. Esa situación ha sido la tónica dominante a lo largo de la legislatura, llegando a estrecharse la distancia entre ambas formaciones políticas ya en los prolegómenos de la campaña electoral hasta acercarse al empate técnico.

Era evidente, por tanto, que el Partido Socialista no estaba avanzando por el centro y que de esa manera no estaba ensanchando su base electoral por ese lado, situación inédita en los treinta años de nuestro sistema democrático para un partido del Gobierno después de su primera legislatura.

¿Qué estaba ocurriendo? ¿Por qué el PSOE no lograba votantes moderados? ¿Por qué la fidelidad de los electores populares era significativamente más alta que la de los socialistas? ¿Cómo corregir esa situación? La respuesta pareció ser doble y en mi opinión correcta: en primer lugar, los sectores más radicales que votaron contra el PSOE no estaban suficientemente movilizados a pesar de la atención preferente que habían tenido desde el Gobierno, y en segundo lugar, los votantes más templados ideológicamente eran como mínimo reticentes a votarles después de una legislatura muy ayuna de políticas moderadas, a lo que se había unido el fracaso ya indiscutible de la política de negociación con ETA, sin duda una de las apuestas estelares del presidente Rodríguez Zapatero.

El PSOE tenía que atender un frente doble: movilizar a los más radicales y retener a los sectores más centristas, e incluso atraer al menos a parte de esos votantes que el PP mostraba seguir conservando; del éxito de ese doble objetivo dependería el grado de éxito electoral. Conseguir plenamente el primero le permitiría ganar, aunque la distancia con el PP volvería a ser estrecha; obtener además el segundo, le llevaría a la mayoría absoluta. Los resultados electorales muestran que triunfó más que plenamente en el primero de los objetivos, pero no consiguió acertar en el segundo.

Veamos ahora la estrategia del PP. Los populares habían comenzado la legislatura 2000-2004 con una mayoría absoluta ciertamente extraordinaria, de 183 diputados y 58 escaños de diferencia con el PSOE, después de una legislatura en el que esa distancia era de tan sólo 15 escaños. El éxito de la gestión del Gobierno de Aznar tuvo su cenit con la entrada en la zona euro después de cumplir en un tiempo récord con las exigencias draconianas que requería ese objetivo, dada la situación en la que se encontraba España especialmente en relación al déficit público. La buena gestión de la economía fue la gran tarjeta de presentación del PP, y el prestigio en la gestión económica le acompañaría desde entonces. Pero otras áreas de la gestión gubernamental tuvieron igualmente un resultado muy notable. Por ejemplo, la política exterior permitió situar a España en una posición de mayor influencia y reconocimiento por parte de los países de la Unión Europea y de los EE.UU. (ya antes de la posición del Gobierno español ante la Guerra de Irak).

Por más que en la segunda mitad de la legislatura se hubiera producido un descenso en la popularidad del PP, agudizado con el apoyo a la Guerra de Irak, no era razonable esperar que éste pudiera perder las elecciones aunque sí la mayoría absoluta. Pero el PP perdió las elecciones después del ataque terrorista más importante que se había producido nunca en Europa, sin que la victoria del PSOE no careciera por ello de legitimidad alguna. Afirmar, sin embargo, que esas trágicas circunstancias no tuvieron ningún impacto en el desarrollo final de la contienda electoral acarrearía simplemente la nota de suspenso para quien lo propusiera.

El PP obtuvo, no obstante, cerca de 10 millones de votos y 148 escaños, 16 menos que el PSOE, lo que no dejaba de suponer un grado de confianza todavía alto entre el electorado español. Las secuelas del 11-M iban a ser largas, el PP estaba descolocado y con un liderazgo nuevo que no comenzaba a desarrollarse en las mejores condiciones para cuajar su propia identidad. El juicio sobre el 11-M, cuyo desarrollo era fundamental para el conocimiento de lo ocurrido, situaba al PP en un escenario continuamente ligado al contexto electoral del 2004, lo que requería una estrategia de atención al esclarecimiento del pasado –que representaba el propio juicio–, junto a una estrategia de futuro que le permitiera reconstruir sus posibilidades electorales.

A pesar de esa situación, las encuestas mostraban una situación de fidelidad de los votantes del PP muy elevada. Por un lado, la radicalidad de las políticas del Gobierno socialista contribuía a mantener compactos los apoyos electorales del Partido Popular, pero, por otro lado, sería injusto no atribuir esa situación a la vocación moderada del liderazgo de Mariano Rajoy.

En el último año de la legislatura, el PP situó de manera indiscutible el foco de sus argumentos en la prosperidad y el futuro bienestar de la sociedad española, cada vez más amenazados por las entonces incipientes dificultades en la situación económica. Electoralmente, se trataba ya con urgencia de ampliar sus apoyos en el centro del espectro político, lo que implicaba atraer a votantes moderados del PSOE. La campaña electoral estuvo claramente orientada en esa dirección, pero los resultados electo-

rales muestran, como vamos a ver, que aunque era una estrategia adecuada llegaba demasiado tarde.

Antes de pasar definitivamente a los resultados electorales, me voy a detener en las características de la campaña electoral que merecen ser comentadas.

CONTINUIDADES Y CAMBIOS EN LA CAMPAÑA ELECTORAL

La campaña de las elecciones del 9 de Marzo presenta tanto cambios importantes en las formas de comunicación política como, a un tiempo, continuidad de los modos tradicionales, que permanecen en algunos casos congelados en el tiempo sin que hayan sufrido modificación alguna.

El elemento más novedoso de esta última campaña electoral ha sido, sin duda, la utilización de la Red para difundir las propuestas de los partidos, para promocionar a sus líderes y para comunicar con los electores. Internet ha cristalizado claramente en esta campaña como un gran escenario de comunicación política y tendrá a partir de ahora no sólo una importancia en los periodos electorales sino se convertirá en un medio de uso permanente. Face book, You tube, Twenty, fueron formatos utilizados por la gran mayoría de las formaciones políticas y desde luego por los dos partidos nacionales mayoritarios, pero su impacto ha ido más allá de los usuarios habituales de la Red.

En España, la penetración de la banda ancha, y por tanto la posibilidad material de acceder a Internet, está por debajo de los países más avanzados de la Unión Europea. Junto a ello, el hábito y las habilidades más básicas para el uso habitual de la Red dista también del que tienen los ciudadanos de otros países europeos. Pero aun así Internet tuvo un papel estelar en última campaña electoral, porque lo que hacían los partidos recabó la atención de los otros medios de comunicación, de manera que los no usuarios de la Red conocieron también lo que allí ocurría durante la campaña.

La segunda de las novedades vino de la mano de la propaganda de los partidos en Televisión Española. Los tradicionales espacios gratuitos cambiaron las encorsetadas y añejas alocuciones de los líderes de campañas anteriores por formatos más cercanos al lenguaje visual y verbal de los anuncios. En algunos casos, como en el del PSOE, el cambio de técnica fue claro y en mi opinión de calidad; en otros, como en el del Partido Popular, que, sin embargo, llevó la delantera en el uso de Internet, no se acertó con la adaptación a un lenguaje más publicitario. Se iniciaron, de todas maneras, unas fórmulas de propaganda electoral en TV todavía no desarrolladas en España y que con seguridad madurarán en las próximas campañas electorales.

Y hasta aquí los cambios, porque la continuidad fue de la mano de los grandes mítines y de los debates en televisión. En relación a los primeros, siguen constituyendo un instrumento con tres finalidades: un espacio para lanzar mensajes, una imagen para mantener el entusiasmo de los propios, y también una fórmula para desanimar a los más tibios de los contrarios. Esta última función también la trataron de cumplir sobre todo los súper-mítines (por ejemplo, el del Palau de San Jordi para el PSOE y el de Valencia para el PP).

En cuanto a los debates electorales en TV, todo ha sido continuidad. En realidad, salvo algunas variaciones estéticas, la fórmula de los debates entre Zapatero y Rajoy ha sido prácticamente idéntica a la de los de 1993 entre Felipe González y José M^a Aznar. Quince años después, todo fue muy parecido y presidido por una rigidez que limita mucho profundizar en el conocimiento de los candidatos y perjudica, por tanto, las oportunidades de los electores, por más que a pesar de esas restricciones las audiencias sean muy elevadas.

No habría que esperar a la próxima campaña electoral para volver a tener la oportunidad de ver debates. Sería bastante interesante que a lo largo de la legislatura hubiera algunos entre el Presidente del Gobierno y el líder de la oposición, con un formato flexible, con público que siguiera el debate y con la posibilidad de hacer preguntas en directo. Estas y otras fórmulas deben ser desarrolladas si los partidos quieren comunicarse efec-

tivamente con los ciudadanos utilizando las extraordinarias oportunidades que ofrece la tecnología. Cuando la política se debate y se comunica de manera fresca, creativa, con un lenguaje directo, sin corsés y limitaciones castrantes, los ciudadanos se interesan porque nadie mejor que ellos saben el peso que a la postre tiene en sus vidas. Cuando se han tomado iniciativas en esa dirección el resultado ha sido francamente bueno: pensemos en el único intento que constituyó el programa “Tengo una pregunta para usted”. Es muy sencillo, se trata de poner el talento y la creatividad al servicio de una buena comunicación entre los partidos, sus líderes y los ciudadanos; para ello es imprescindible la convicción de que esa relación es muy importante.

LOS RESULTADOS ELECTORALES

En las líneas que siguen se analizan los resultados electorales (se tiene sólo el voto de los residentes en España) de acuerdo con las estrategias que desarrollaron tanto el PSOE como el PP. Se trata por tanto de comprobar su grado de éxito y fracaso según indicaba en las primeras líneas de este artículo. No obstante, para un completo análisis de los resultados habrá que utilizar encuestas post-electorales (la del CIS por el tamaño de su muestra y la amplitud de su cuestionario es siempre especialmente valiosa) que permitirán conocer las razones del comportamiento electoral y un detallado recorrido de los flujos de voto entre los partidos.

El 9 de marzo la participación electoral fue de un 75,6%, casi dos puntos menor que en el 2004. El PSOE y el PP representan conjuntamente a un 84%; la mayor concentración de voto de la historia de la reciente democracia.

El PSOE, con 11.064.000 votos, lo que representaba el 43,64% del total, y 169 escaños, se convertía en el vencedor de las décimas elecciones de nuestra democracia. Los socialistas aumentaban en cinco sus escaños, pero obtenían en voto un número casi idéntico al de las elecciones anteriores, exactamente 38.000 votos más que entonces.

Por su parte, el PP obtenía 10.169.000 votos, un 40.11%, y 154 escaños, esto es, seis más de los que tuvo en el 2004. El voto popular aumentó en 400.000 los de las elecciones anteriores.

Izquierda Unida, con una pérdida de más de 300.000 votos y tres de sus cinco escaños, y Esquerra Republicana de Catalunya, con casi cuatrocientos mil votos menos y cinco escaños, fueron los grandes perdedores. A ellos hay que añadir el PNV, que, aunque penalizado con sólo un escaño menos, perdió algo más de 100.000 votos. Una pérdida menor, pero también significativa, fue la de Coalición Canaria, un escaño y poco más de 60.000 votos; así como la de la Chunta Aragonesista, que simplemente no consiguió representación parlamentaria.

La nueva formación política UPyD, liderada por Rosa Díez, se estrenó con éxito, obteniendo un escaño y 303.000 votos, casi la mitad de los cuales procedieron de la Comunidad de Madrid.

Con independencia de la precisión que aporte el análisis de las transferencias de votos con base en las encuestas post-electorales, se puede establecer un mapa bastante nítido de los flujos electorales y la composición del voto del PSOE y del PP.

Por lo que se refiere al PSOE, habría tenido una entrada de entre 500.000 y 600.000 votantes procedentes en gran parte de IU (la mayor parte del voto que pierde) y el resto, en distintas proporciones, provendría del conjunto de formaciones políticas que pierden voto, entre ellas destacan, la Chunta Aragonesista, Coalición Canaria y también ERC. Sin embargo, la mayor parte del voto de los independentistas catalanes habría ido a la abstención.

A esas entradas de votos hay que sumar la de los nuevos votantes que acceden por primera vez a la mayoría de edad y que en mayor medida habrían votado más al PSOE que al PP. Con esas entradas de votos, el PSOE compensa por un lado las salidas de sus votantes fallecidos a lo largo de la legislatura y, por otro, los que transfiere a otras formaciones políticas. En este último caso, la práctica totalidad del voto transferido lo habría

hecho hacia el PP, que podría haber recibido entre 400.000 y 500.000 de los votantes socialistas más moderados.

En cuanto al PP, su principal entrada de votos procedentes de otras formaciones habría venido del PSOE, esto es, la transferencia que se acaba de mencionar en el párrafo anterior. Pero también los andalucistas (CA) y Coalición Canaria habrían, por ese orden, transferido voto al PP. Y, finalmente, a ello hay que sumar el de los nuevos votantes, una fuente de ingreso de votos siempre muy elevada, aunque en este caso en medida menor (no extraordinariamente más baja) que para el PSOE.

Respecto de las pérdidas de voto hacia otras formaciones, mi hipótesis es que no parece que sean relevantes con la excepción del flujo hacia UPyD, el grupo liderado por Rosa Díez, que sí ha sido significativo. Casi la mitad de los votos de esta formación han sido obtenidos en Madrid y en los municipios en los que los apoyos electorales del PP son significativamente más elevados. Por ejemplo, en municipios como Majadahonda, Pozuelo de Alarcón o Tres Cantos, el voto a UPyD está muy por encima de la media de lo que obtiene en la Comunidad de Madrid, mientras que en Fuenlabrada o Leganés ocurre exactamente lo contrario. El dato resulta, desde luego, muy significativo a la hora de definir la principal fuente del voto de ese nuevo grupo político.

CERTAS CONCLUSIONES PARA LA NUEVA LEGISLATURA

Los resultados de las elecciones del 9 de marzo evidencian el éxito pleno de la estrategia del PSOE en su dirección más radical. La victoria socialista en estas elecciones está esencialmente basada en su crecimiento electoral por el lado izquierdo del espectro político. El PSOE ha gobernado hacia la izquierda y representa hoy la práctica totalidad del voto de izquierda, concentración que ha facilitado un liderazgo muy ineficiente en Izquierda Unida.

El PSOE fracasa, sin embargo, en su intento de última hora de retener, e incluso ampliar, sus apoyos por el centro; es claro que no sólo no los ha

ampliado, sino que ha perdido una parte en beneficio del PP. Por tanto, ha fracasado su estrategia de arrinconar al PP hacia la derecha con una política declarativa (recordemos “no acepta su derrota” como frase emblemática), esto es, meramente nominalista, como muestran los resultados del PP.

Las primeras declaraciones de Rodríguez Zapatero tras las elecciones parecían expresar la necesidad de no dejar para el final la necesidad de, al menos gestualmente, ocuparse de los electores más moderados. Veremos lo que va ocurriendo en la legislatura, pero el Gobierno socialista tendrá un difícil equilibrio teniendo en cuenta la composición tan claramente de izquierdas de los votantes que le han facilitado su victoria electoral.

Por lo que se refiere al PP, es evidente que haber perdido las elecciones es un fracaso. A partir de esto, su resultado no sólo ha sido digno sino que ha crecido por la zona más moderada, obteniendo el apoyo de votantes socialistas de centro. En ese sentido, su estrategia ha tenido éxito, evidentemente insuficiente, aun cuando se puso en marcha muy tardíamente, lo que es una de las conclusiones que el PP tiene que valorar.

El PP también deberá analizar bien las razones de la fuga de su voto hacia la formación de Rosa Díez, pues ha salido más perjudicado que el PSOE y puede plantearle más problemas en el futuro.

Los resultados de las próximas Elecciones Generales estarán, como ha ocurrido con las del 2008, fuertemente determinados por las estrategias políticas que los partidos definan desde ahora. El acierto de las mismas desde el inicio es esencial. El control del tiempo es fundamental. Llegar tarde es mejor que no llegar, pero no hacerlo a tiempo es muy posible que signifique perder.